



José de Benito



El Duque de Rivas

De Estampas de España e Indias



Vida romántica del Duque de Rivas

Padecer para vivir.

Lema heráldico de los Duques de Rivas.

Tres destinos. Marzo, 1791

Francia hierve en impaciencias revolucionarias, inflamada por la prosa demagógica de sus jóvenes letrados. La sublevación de las provincias prepara el terreno a la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano que el desdichado Luis XVI habrá de jurar ante la Asamblea Constituyente, ya camino

del desastre dinástico. Desquiciado y miserable, muere en ella, fuera de su patria, sin que se sepa cómo, el capitán John Byron, a los treinta y seis años de edad, dejando en Inglaterra una viuda y un niño de tres años, débil y enfermizo. El niño es cojo, y con el tiempo, siendo el sexto lord, Byron, escribirá el *Don Juan*.

* * *

Rumbo a las Azores el *Saint-Pierre*, bergantín de ciento sesenta toneladas, despachado con carga y pasaje en Saint-Malo para Baltimore y escalas, pone a prueba sus condiciones marineras corriendo el temporal bajo la experta mano de su capitán el comandante Dujardin Pintedevin. Entre los pasajeros, clérigos en su mayoría proyectados a la libre América por la revolución en marcha, un joven francés de veintitrés años, pequeño de cuerpo, hermoso rostro, cabellera ondulada y rasgos -126- enérgicos, sueña en alcanzar mando y gloria literaria. En su faltriquera, con escasa plata, guarda una carta de presentación para Washington, que le ha proporcionado el Marqués de la Rouerie, amigo del presidente americano a cuyas órdenes sirvió en la Guerra de Independencia bajo el nombre de «Coronel Armando». El joven pasajero, viendo el azul y el blanco de las olas, recuerda que un día, a los siete años, después de una función de iglesia, su madre le vistió por vez primera como iban otros niños. Hasta entonces sus trajes fueron blancos y azules, y siente la nostalgia de vestirse de nuevo con las olas del mar encabritado, cuya fuerza conoce e intuye como hijo de negrero. Como Ulises, se amarra al palo mayor, y cuando el mar y el viento le golpean el rostro sobre el que cae la cabellera lacia, grita a pleno pulmón para animarse: «¡Oh tempestad, no eres aún tan hermosa como te hizo Homero!». François René de Chateaubriand no era aún vizconde, ni en su mente había germinado *Atala*.

* * *

Noble mansión de los Duques de Rivas. Doña María Dominga Ramírez de Baquedano, marquesa de Andía y de Villasinda, esposa de don Juan Martín de Saavedra y Ramírez, duque de Rivas, soportaba con entereza los preludios de

alumbramiento de su segundo parto. Amanecía en Córdoba el 10 de marzo y el viento frío de la madrugada rizaba las aguas del Guadalquivir.

La Córdoba de Séneca, Lucano, Averroes y Góngora despertaba aquella mañana como tantas otras, y el campanero de la catedral, sucesor acaso sin saberlo, del muezín que en la gran época del Califato congregaba a los fieles, llamaba a la misa de seis con la práctica rutinaria de más de treinta años de repiques.

Antonio, el viejo mayordomo de los duques, después de dar unas cuantas órdenes al servicio, para que todo estuviera preparado de acuerdo con las instrucciones de la partera, acababa los últimos toques de su indumentaria, - 127- cepillando cuidadosamente la librea galoneada que, en honor al acontecimiento esperado, vestía aquel día desde sus primeras horas. Antonio tenía, por reflejo fiel de las aficiones poéticas del señor duque, sus ribetes de trovero y debajo de sus cabellos grises bullían unos cuantos consonantes dispuestos para el poema en honor del vástago que iba a llegar de un momento a otro.

En un saloncito próximo al dormitorio de la duquesa, don Juan Martín de Saavedra esperaba tomando polvos de su tabaquera de oro, traída del Perú, la noticia del resultado del trance. La impaciencia le hacía constantemente asomarse al mirador, desde el que podía contemplar el panorama de los bellos tejados cordobeses, sobre los que se veían brillando a los primeros rayos del sol unos cuantos ángeles de bronce, colocados por la devoción a San Rafael. El sonido de unos pasos precipitados hizo latir el corazón del prócer con ritmo acelerado. El viejo Antonio, con la respiración fatigada por su exceso de diligencia, y la voz entrecortada por la importancia de la nueva que traía, dijo respetuosamente:

-Otro varón, y hermoso, por cierto, señor duque. Dentro de unos minutos la señora duquesa y el niño estarán ya visibles. Y -añadió tras una breve pausa- permita el señor duque a su más fiel servidor que haga votos por la ventura de

vuecencia, de la señora duquesa, del duquesito y del recién nacido, tan bello como esos ángeles que han presidido con felicidad el dichoso acontecimiento.

-Gracias, mi buen Antonio -respondió el duque, con cariñoso acento-, quiera el cielo marcar una senda gloriosa a este nuevo Saavedra, y Dios te premie tus desvelos por mi casa.

Con continente estudiadamente reposado, don Juan Martín, seguido por su mayordomo, atravesó el pasillo y una antecámara, penetró en el dormitorio de su esposa, dióle un beso en la frente pálida y se inclinó sobre el pequeñuelo, que probaba su capacidad pulmonar en los primeros vagidos.

-128-

En aquel llanto se forjaba el aliento que de por vida hubo de acompañar a Ángel de Saavedra y Ramírez de Baquedano, en sus distintas personalidades de militar, poeta, pintor, político y diplomático. Había nacido ya el autor del *Don Álvaro*.

Byron, Chateaubriand y Saavedra, a quienes la vida haría tropezarse siempre en circunstancias extraordinarias, marcaban su destino en surcos paralelos trazados en distinta latitud. Siete años después, en 1796, George Byron se transformaba en el sexto lord Byron, al mismo tiempo que Saavedra, niño también, es nombrado capitán de caballería agregado al regimiento del infante. Todavía en 1824 llegan a Inglaterra el cadáver de Byron y la sentencia de muerte que sobre Saavedra dictó la Audiencia de Sevilla, a consecuencia del triunfo de los absolutistas que organizó el señor Vizconde de Chateaubriand.

1809

La justicia de su parte
y la razón de su bando,
con Dios en los corazones
y con el hierro en las manos.

Las compañías de Guardias Reales habían logrado reunirse bajo el mando del general Aréizaga, en los alrededores de Ocaña. Saavedra, que por haber renunciado a su condición de capitán venía batiéndose hacía más de un año como guardia real en la compañía que mandaba su hermano mayor el Duque de Rivas, ardía en el entusiasmo de los dieciocho años. El 17 de noviembre, en las primeras horas de la tarde, la caballería española, entre la que figuraba la compañía de Rivas, en una salida de reconocimiento, dio vista a la francesa que mandaba el general París. Invasores y patriotas en plena exaltación de odios, aprovecharon la ocasión para medir sus fuerzas, creyendo los patriotas que su entusiasmo vencería la superioridad numérica del enemigo, y los franceses -129- que su fuerza y su técnica servirían para aplastar a aquellos inacabables defensores de la independencia. Los llanos de Ocaña resonaron bajo los cascos de más de mil seiscientos caballos. Los cuatrocientos jinetes españoles en apretada formación se lanzaron sobre el centro del enemigo. El choque fue de pasmosa violencia y en el primer encuentro, don Ángel de Saavedra libró por una corbeta de su montura que recibió un lanzazo en el flanco derecho. Segunda y tercera vez se produjo la carga, y esta última acabó con el noble bruto de Saavedra, materialmente traspasado. Pie a tierra, don Ángel hacía frente a cinco enemigos que le cercaban, manejando con heroica gallardía su espada en paradas y ataques. La sangre corría ya por su frente y sólo sirvió para encenderle más. Tres de sus enemigos hubieron de morder el polvo para siempre y cuando con diez heridas creía ya salvada la situación, un dragón imperial, lanza en ristre y al galope de su cabalgadura, le dio un bote de lanza en el pecho que al derribarle le hizo desvanecer, entre los centenares de muertos y heridos que llenaban el campo de batalla, en el abrazo fraternal de las víctimas al mezclar su sangre.

Los restos de los escuadrones de Aréizaga, volviendo grupas, ganaron en desorden su base de salida. Al pasar lista los jefes de las unidades derrotadas, el Duque de Rivas repite con insistencia y ansiedad el nombre de su hermano Ángel. Nadie responde, y el oficial con lágrimas en los ojos pide voluntarios para rescatar al ausente. Doce guardias reales, compañeros de don Ángel, se adelantan decididos y siguen a su capitán volviendo al campo sembrado de muertos en rebusca piadosa.

La expedición regresa sin lograr su objetivo y el semblante del joven duque refleja la desesperación por la desgracia. Don Ángel, sin embargo está en aquellos momentos en Ocaña, a donde lo ha llevado un soldado de apellido Buendía, que lo encontró cuando amparado en la noche buscaba despojos por el terreno de la lucha. Don Ángel había recobrado el conocimiento rodeado de cadáveres. Los gritos de los moribundos abandonados -130- le hicieron darse cuenta de su situación y en un esfuerzo de voluntad logró ponerse en pie y trató de marchar. Nublósele la vista por la debilidad consecuente a la hemorragia y cuando pesadamente caía de nuevo agotado, le vio Buendía, lo reconoció y terciándolo sobre su caballo, le salvó de una muerte segura.

Llegados a Ocaña, Buendía condujo a Saavedra a una cama, y allí las heridas que el frío había cerrado coagulándole la sangre, vuelven a abrirse al calor renovándose la hemorragia que pudo contener por fin un barbero, cuando el médico recomendaba la extremaunción como su mejor fórmula.

Pudo su hermano verle aquella misma noche y ordenó que en un carro se le trasladara a Tembleque en compañía de otros siete heridos graves, antes de dar comienzo la Batalla de Ocaña, en la que las tropas del emperador quedaron victoriosas. Por el camino fueron quedando varios de los heridos, y al iniciarse la desbandada por las noticias que de la derrota llegaban, debió su vida a la lealtad de sus amigos Pobeda y Mendinueta que negándose a abandonarle en aquel trance, buscaron el camino de Villacañas, por ser Pobeda de Daimiel y conocedor, por tanto, del terreno. En Villacañas entró Saavedra «Con once heridas mortales, / hecha pedazos la espada», como

dijera él mismo, años más tarde, recordando en uno de sus romances la aventura más romántica de su vida militar.

1825

«Las olas como montañas
atajar quieren su curso».

Del Romancero del Duque de Rivas.

El puerto de Liorna ve alejarse una goleta inglesa impulsada por fuerte viento de Levante. Un sol mediterráneo del mes de julio ilumina las hinchadas velas que destacan sobre el límpido azul de la mar. Sobre cubierta, acodados a la amura de babor, cerca de popa, don Ángel -131- de Saavedra y su esposa, casados hace unos meses en Gibraltar, contemplan la costa italiana donde, gracias a los buenos oficios del señor cónsul de Inglaterra, en Liorna, no han sido encarcelados. ¡La influencia del embajador de Fernando VII ha podido más que la autorización de Su Santidad para vivir en Roma! Y ahora, rumbo a Inglaterra, de donde saliera hace un año, y en donde dejó a sus amigos Istúriz y Alcalá Galiano, como él desterrados por defender la soberanía nacional. Confiscados sus bienes, condenado a muerte por unos magistrados aduladores de la Real Audiencia de Sevilla, y perseguido hasta en el extranjero por los rencores del monarca absoluto que no olvidaba a Saavedra el haber votado la suspensión de sus prerrogativas regias, el pasajero de la goleta no tiene más amparo que el amor de su esposa y una profunda fe en los destinos de su patria momentáneamente sojuzgada.

El quinto día de navegación, al largo de Sicilia, tras unas horas de mar gruesa, les sorprende un temporal deshecho. Saavedra encierra a su compañera en la cámara y ante lo crítico de la situación se ofrece al capitán.

Los siete marineros, incapaces para hacer frente al mar cada vez más embravecido, se acobardan a pesar de las órdenes precisas del viejo capitán, y éste ruega a Saavedra se haga cargo de la caña del timón para reducir él personalmente a los indisciplinados tripulantes. Don Ángel, en lucha desigual, aguanta los embates furiosos de las olas pugnando por sacar la nave de los arrecifes. Son varias horas de tensión y esfuerzo, y cuando al cabo, aunque desalentados, están a salvo, Saavedra se retira junto a su esposa y ha de meterse en cama. Las viejas heridas reliquia de la Guerra de la Independencia que durante años le habían producido frecuentes vómitos de sangre, se han vuelto a abrir con la violencia del ejercicio improvisado.

El temporal, al alejarlos de su ruta, los ha llevado a las proximidades de Malta, la isla que los ingleses ocupaban desde 1800 y cuyo dominio afianzaron a consecuencia del Tratado de París de 1812. El capitán, en vista del -132- estado alarmante de su pasajero, decide hacer escala en la isla y desembarcar al matrimonio Saavedra.

En Malta

«La vista otra vez la extiende
por la mar que muerta y llana,
fundido oro se diría
del sol poniente en la fragua.»

Malta acoge al enfermo, y su clima es un sedante para el torturado espíritu del patriota. Las dificultades de residencia las resuelve un hecho curioso. Teniendo Saavedra apenas seis meses -septiembre de 1791-, para consolarle, por lo visto, de su condición de segundón de familia ilustre, se le nombra caballero de la Orden de San Juan de Malta, y ese título le abre las puertas de la isla que tanta influencia había de ejercer en su personalidad de escritor.

El Marqués de Hastings, gobernador de Malta, le recibe con cordial simpatía, lo mismo que el general Woodford; pero su gran amigo durante los cinco años que vivirá en el dominio inglés es Frere, el antiguo embajador de Inglaterra ante la Junta Central española durante la Guerra de la Independencia. Conocedor a fondo de España y de sus tradiciones, y hombre de dilatada cultura, le da a conocer a Shakespeare, a Walter Scott y a Byron; le reconcilia con la antigua literatura nacional española, que Saavedra, como tantos otros escritores de su tiempo, desprecia, sin apenas conocerla, y le regala una primorosa edición de las obras de fray Lope Félix de Vega y Carpio, de las mejores prensas del siglo XVII, y una colección de Crónicas de Castilla que después habrá de reflejarse en sus romances históricos y que fue manejada por don Ángel en Malta para iniciar *El moro expósito*, que terminó en París en 1831.

Malta, la isla mediterránea que vigila las aguas entre Sicilia y África; que, como Mallorca y Córcega, conserva sus retorcidos olivos milenarios, sus almendros floridos en las primaveras y sus uvas doradas al sol del mar -133- latino agosteano, penetra en el espíritu de Saavedra de la mano de un compatriota del gran romántico lord Byron, señor de Newstead, y frente al mar, en los atardeceres serenos, el alma del desterrado se esponja, recibiendo la brisa que horas después irá a besar las costas levantinas de su España, regada con la sangre de mártires patriotas que ofrecieron su vida años atrás por la vuelta del tirano para ser luego por él sacrificados.

Es uno de esos atardeceres que hacen esperar la presencia instantánea del «rayo verde» sobre las aguas quietas del Mediterráneo. Saavedra y Hyrler, su maestro de pintura, sentados ante los caballetes y con las paletas cansadas de trabajo, siguen atentamente el ocaso de la curva solar. La inminente tangencia del astro con el agua les tiene absortos en espera del milagro. A lo lejos las velas latinas de los pescadores que salen a aprovechar la luna nueva, rompe el poema azul de la marina pura, para componer casi un cromo convencional. Hyrler, sin embargo, se recobra y prepara la mezcla de cobalto y amarillo con que intentará eternizar el momento fugaz de la conjunción del fuego y el agua. Saavedra, preso de la belleza ambiente, quisiera pintar, pero su mano inmóvil y

que aprieta los pinceles, cae a lo largo de su cuerpo, como embrujada por el hechizo mágico de la puesta del sol. Quisiera medir el poema que siente con fuerza irresistible subirle a la garganta, y las palabras se le ahogan en ella, pobres de expresión y faltas de color ante la inimitable sinfonía polícroma del atardecer. Allá por donde el sol se pone, presiente a su madre rezando, en el oratorio de la noble casona que le vio nacer, por la pronta vuelta del hijo ausente; y el disco solar se le aparece en rojo como el circo de la trágica vida española. El ritmo de la mar sobre la costa tiene un acento marcado de romance, y unas lágrimas varoniles, amargas y agridulces, resbalan por el rostro del poeta.

Dos lágrimas relucientes
sus mejillas deslustradas
queman. Un hondo suspiro
del pecho oprimido arranca.

-134-

En silencio, que su compañero sabe respetar, recogidos los útiles de pintura, lentamente, dejan su atalaya. El camino trepa por entre bancales cultivados y la tierra reseca, todavía caliente, parece esperar para enjugarlas las primeras lágrimas románticas nacidas por doloroso amor de España en el corazón del poeta desterrado.

La fuerza del sino, 1835

No hace aún un año que la muerte de su hermano el Duque de Rivas ha hecho entrar a don Ángel de Saavedra en posesión del título y de los bienes familiares. El nuevo duque brilla en el Estamento de Próceres como brilló el año 1822 de secretario de las Cortes. Sus diez años y tres meses de ausencia le han templado en política. La necesidad le hizo maestro de pintura en Orleáns, cuyo museo conserva una espléndida *Natura muerta*, varios de sus

cuadros figuraron en la exposición del Louvre, y su nombre se encuentra en el *Annuaire d'artistes de Paris* de 1831.

El destino le compensa de pronto de la dureza de su primera etapa, y es ahora cuando más comprende la belleza y la poesía de su existencia romántica. En medio de su vida prócer, trabaja con mayor entusiasmo que nunca en la versificación del *Don Álvaro o la fuerza del sino*, compuesto en prosa en París cuatro años antes, y el recuerdo de sus primeras obras de frío clasicismo le sorprende y avergüenza como picardías de una vida moza e irresponsable. ¿Cómo pudo escribir el poema del *Paso honroso* y sus dramas *Ataúlfo* y *Aliatar*? Ante sí mismo se sonroja de los versos satíricos que el año 1812 publicara en *El Redactor General* y de los que mucho antes -tenía quince años- aparecieron en el periódico que dirigido por don Antonio de Capmany y Montpalau confeccionaban con él el conde del Haro, luego duque de Frías, Cristóbal Beña y los hermanos José y Mariano Carnerero. Su canon literario ha cambiado totalmente, -135- y ha cambiado también el tono de su vida. ¡Qué lejos queda ya su pasada admiración por Quintana, Arriaza y Martínez de la Rosa! ¡Qué lejos también los días azarosos de Aranjuez y El Escorial, donde por vez primera se opuso a los designios del emperador, decidiendo su vida militar!

El año 1835, con el estreno, el 22 de marzo, del *Don Álvaro* en el Teatro del Príncipe, se asienta la personalidad literariamente romántica del Duque de Rivas. La crítica en su mayoría ataca violentamente y de un modo perfectamente estúpido la aparición del gran drama que revoluciona las normas del dormido escenario español. Los artículos que aparecen en *El Correo de las Damas* y en *El Eco del Comercio*, llegan a decir que el autor se ha *rebajado* hasta el nivel de los que abastecen los teatros de los arrabales de París, presentando una composición más monstruosa que todas las que «se han visto ahora en la escena española». Larra en su crítica publicada sin firma -era amigo personal del duque- en *La Revista Española* el día 25 de marzo, trata de adoptar un tonillo irónico, muy en armonía con su estilo bilioso, que tanto admirador e imitador le han valido. Habla del *Don Álvaro* como de «una cosa, en parte imitación de nuestras vejeces y en parte remedo de extrañezas del día

y de la tierra extraña» y declara no saber si es comedia, drama o lo que fuere. Y el público, como en el estreno de *Hernani* en París cinco años antes, se apasiona y exalta con acaloramiento sin precedente. Los señoritos aristócratas, con gestos melindrosos de petimetres hueros, silban durante la representación; y el pueblo, el que es capaz de sacrificios y grandeza de alma, se emociona ante la belleza plástica de la obra, el fatalismo de la tesis y el dinamismo de la acción. El hecho es que como *Hernani* hizo a Víctor Hugo, el *Don Álvaro* hace definitivamente al Duque de Rivas, y todavía la polémica anda enzarzada por las tertulias de la Corte y los soportales de la plaza Mayor, cuando la figura del duque pasa al más destacado plano de la actualidad madrileña. El Ateneo le hace su primer presidente, aclamado -136- por lo más selecto de las letras y las artes. La Real Academia de la Lengua le otorga uno de sus sillones, y el Estamento de Próceres le lleva a su primera vicepresidencia. Con el triunfo inicial de su producción romántica cierra el ciclo de su existencia profundamente literaria y emotiva. En el Duque de Rivas se da esta paradoja: fue clásico, mientras su vida estuvo impregnada de romanticismo, y romántico cuando alcanzó la plenitud de una existencia de brillante y tranquila burguesía.

Bogotá, a 7 de agosto de 1939.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

